

BT 832

Q 85

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

126809



¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?

I

Si los que creen en el infierno son los sabios ó los tontos de capirote.

ALLÁ por el mes de Marzo dirigíanse muy de mañana á la estación de Francia, en Barcelona, dos amigos de la niñez, sin que al principio se conocieran. Era el uno sumamente piadoso y notablemente instruído, y había conservado en su corazón las santas máximas que, desde niño, había aprendido de sus cristianos padres; el otro, aunque de bueno y generoso corazón, se había dejado avasallar por amigos perversos, esclavos todos del progreso y la incredulidad del día. Llamábanse éste Adolfo, y el otro Francisco.

Habiendo tomado entrambos su billete para Tarragona y metídose en el anchuroso

andén, iluminado aún por numerosos focos eléctricos, conociéronse y se saludaron con gran cariño.

—Adolfo,—dijo el uno,—¡qué placer experimento en poder saludarte después de tantos años de no haberte hablado!

—No es menor el mío, Francisco,—contestó el otro,—en poder departir contigo, pues tales ideas bullen por mi cerebro que no me han dejado descansar en toda la noche, y tengo necesidad de desahogar mi corazón con alguno que me entienda.

—¿Algún disgustillo de familia?

—Nada de eso.

—¿Pues?

Al ir Adolfo á exponer sus inquietudes interrumpióse la corriente eléctrica, apagóse la luz y quedaron los interlocutores casi á oscuras, sin otra luz más que la que despedían el fuego y los faroles de las máquinas que por allí maniobraban.

—¡Qué espectáculo más bello,—exclamó Francisco,—contemplar, en medio de las densas tinieblas que nos envuelven, el movimiento de esas locomotoras! Chico, ¿no te parecen á ti grandes monstruos que se mueven por arte de brujos ó del mismísimo

Satanás? Mira: para mí, esos dos grandes faroles encarnados en la testera semejan dos ojos ardientes como dos inmensas ascuas; la gran caldera cilíndrica sostenida por cuatro ruedas, el cuerpo enorme de la fiera; y los golpes de las bombas arrojando vapor, los resoplidos de sus potentes pulmones despidiendo hálito vaporoso. ¡Mira qué imponente es su marcha! No sería por cierto más grave y majestuosa la del megaterio, cuyos restos colosales y prehistóricos se conservan en el Museo de Madrid.

—Muy poético estás, Paco del alma.

—Honra que me haces, y condena mi indiscreción...

—Fuera, pues, poesías, y vamos á tus angustias.

En aquel instante volvió á brillar la luz eléctrica, y se dispusieron á tomar asiento en su vagón.

—¿Qué clase has tomado?—preguntó Adolfo.

—Pues, hijo, tercera porque no hay cuarta. Estamos en tiempos de economías, y deseo ahorrar para mis pobrecitos.

—Pues yo primera, que los obreros tenemos tan buen paladar como los ricachos

y burgueses; pero con sumo gusto entraré contigo en tercera y te manifestaré mis cuitas.

Metieronse en el coche, y sentados el uno enfrente del otro, sonó el silbato y arrancó el tren para Tarragona.

—¿Y qué te pasa, hombre, qué te pasa, que estás tan pensativo que no parece sino que tienes dolor de muelas ó te persiguen los acreedores?

—Pues bien, te lo voy á decir aunque te rías de mí. Me pasa una cosa muy rara. ¿Quieres saber quién me persigue? Pues esos demontres de curas, que no dejan á uno en paz ni de día ni de noche. Ayer, arrastrado por mi esposa, fuí á oír una conferencia en la iglesia del Sagrado Corazón. Nunca hubiera ido. ¿De qué dirás que fué la bendita conferencia?

—¿Del infierno?

—Cabalmente. Y lo de siempre. El Padre de almas se despachó á su gusto, y nos envió á todos adonde esos benditos curas, que no tienen ni talento, ni caridad, ni sentido común, nos envían siempre... pues nada... á las *calderas de Pedro Botero*. Pero, ¡mira tú que es cosa! Que no han de poder

jamás dejarnos en paz y en gracia de Dios, y que no ha de haber más que infierno por

arriba, infierno por abajo, demonios por acá, diablos por allá, eternidad por siempre jamás amén, y amenazarnos sin cesar con convertirnos en chicharrones de Satanás si no arriamos bandera y nos hacemos frailes, beatos ó poco menos. *Créanlo ó no lo*



crean, gritaba el jesuíta como un energúmeno, témanlo ó no lo teman, allí, en aquellas llamas eternas, encendidas por el soplo de la justicia de Dios, arderán por siempre jamás, si no se convierten á Dios y lloran sus extravíos, los libre-

pensadores, los masones, los impíos... los... los... ¡qué sé yo!... Metió en el infierno á media humanidad... Casi no quedaban fuera más que las beatas (que eran las primeras que yo mandaba á aquellos barrios) y los chiquillos. Vamos, que el tal curita era un intransigente, un exagerado, un hombre inverosímil en este siglo...

—Y tú, ¿qué sentías al oír esas verdades? Te escocían, ¿es verdad? No me engañes. Aun me parece que te pican las palabras del Padre, y por eso te rascas...

—Hombre, mira: yo procuraba que no me hiciesen mella y que no me picasen... y no me salí porque no dijese que tenía miedo; pero aunque no soy ni apocado, ni mojigato, bien lo sabes..., la verdad es que no he podido dormir esta noche. Porque es lo que yo me digo.—Caramba, ¿y si por chiripa el fraile tiene razón? ¿Y si hay infierno? Pues di que entonces la hemos hecho buena... Y eso es lo que yo quiero que tú me aclares. Nadie como tú. Te tengo por hombre de talento y de corazón. Y luego como estudiaste para cura... y sólo colgaste los hábitos porque, ¡vamos!..., la cara de aquella chica, que hoy es tu mujer, te gustó más

que la del Rector del Seminario..., que era muy feo por cierto.

—Déjate de cuchufletas, que el tiempo no está para ello, y al grano. Si dejé el Seminario tirando por la ventana mi suerte y mi porvenir, y preferí ser un buen seglar, casado y con hijos, á ser un mal cura sin vocación y sin espíritu, fué precisamente por miedo á esas llamas del infierno que á ti te traen ahora á mal traer, cosa de que me alegro en el alma.

—Gracias, y prosigamos, ó mejor entremos en materia, y hablemos claro y despacio. Vamos á ver. Eso que yo tengo ahora, llámese medrana, remordimiento ó como digáis los místicos, deben ser, á no dudarlo, escrúpulos de monja, porque es lo que yo me digo tal vez para tranquilizarme: ¿quién cree ya en el infierno en este siglo de tanta ilustración? ¿Quién hace caso del infierno? ¿Quién habla del infierno, sino, á lo más, los medrosos, los tontos y los beatos? Hoy teatros, Bolsas y Bancos, y mucha *guita*: ése es el cielo. Hambre, cesantías, miseria y contribuciones: ése es el infierno. Por otro lado, nadie ha vuelto de aquellas mazmorras, nadie ha visto siquiera el resplandor

de sus llamas. Por esto comúnmente yo *procuro* no sentir ni frío ni calor con las declamaciones de los curas, ni me espantan sus truenos y sus rayos, fuegos fatuos con que pretenden atemorizar á los medrosos. Á los tontos con esas monsergas. ¡Bonitos están los tiempos para asustarse con esas paparruchas! Yo, como Santo Tomás : ver y creer...

—Pues pobre de ti si para creer en el infierno tienes que ir á verlo. No, hombre; no digas barbaridades. Cree en el infierno, porque lo ha dicho Dios ; pero para eso no necesitas verlo. Dios nos libre, amén. No son buenos el criterio ó las reglas que tú aduces para venir en conocimiento de la verdad. En primer lugar, según aprendimos cuando chicos, la fe es creer lo que no vemos, por donde lo que se ve, sea con los ojos del cuerpo, sea con los del alma, no se cree, sino que se palpa ó se contempla. Y si fuera preciso y necesario ver para creer, seguramente no creerías tú ni que Colón descubrió las Américas, ni que Roma, Londres ó París existan, puesto que ni tú has visto al amoso marino, ni has visitado jamás esas capitales.

—¡Toma! Si yo creo en las proezas y aventuras de Colón, si doy fe á la existencia de esas populosas ciudades, es porque lo primero así me lo aseguran libros dignos de crédito, y lo segundo lo publican quienes vivieron en ellas por muchos años.

—¡Bravo! ¡Muy bien! Y qué, ¿por ventura no te aseguran también la existencia del infierno libros dignos de toda fe, que corren en manos de todos con admiración y respeto de sus lectores? Abre los escritos de los hombres más sabios que en el mundo han sido, desde San Pedro hasta León XIII, de un San Agustín y Santo Tomás de Aquino, portentos de talento y de saber ; recorre todos los concilios, donde se reunieron en todos los siglos la flor y nata de los doctores católicos ; registra las obras más célebres de los que por su ingenio honraron nuestra patria, como los Padres visigodos, San Isidoro, San Eugenio, San Leandro, San Fulgencio; lee los infolios de los sabios todos de nuestra edad de oro, de Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Melchor Cano, Suárez, Lugo, Vázquez, Mariana y otros mil ; repasa las disquisiciones del filósofo más insigne de nuestro siglo, el pres-

bítero D. Jaime Balmes, y los escritos de todos los sabios católicos, quienes han sido los más sabios del mundo, y todos á una voz te dirán que á pie juntillas creen en la existencia del infierno sin haberlo visto jamás, y, por supuesto, sin tener ganas de verlo.

¿Y habrían estos doctorazos de tomo y lomo prestado su asentimiento á verdades tan espantosas sin razones concluyentes que les obligaran á ello? ¿Son esos insignes sabios, y mil y mil más, cuatro beatas ó cuatro mogigatos chupalámparas, capaces sólo de comulgar con ruedas de molino? Y, por otro lado, ¿qué interés tenían ellos, ni podían tener, en hacer creer que había infierno? ¿Cuánto salían ganando, ó qué sueldo cobraban por defender esa doctrina? Nada, nada, nada. Humanamente, más les hubiera gustado predicar lo que predicán los tuyos: que «ancha Castilla», y que el que no goza es un tonto, y que eso del infierno á los mojigatos...; pero la fe, la tradición, la razón natural les hizo enseñar lo contrario; que sí, que hay infierno, pese á quien pese, y el que no lo quiera que procure no ir á él viviendo como Dios manda. ¿Estamos?

—Todo lo que acabas de ensartar, doctor querido, puede, á lo más, hacer titubear á varones pusilánimes; pero á hombres como yo, curados de espanto y asegurados de incendios, no le hace mella esa retahila de autoridades; queremos testigos más independientes y abonados que hagan alguna fuerza á la razón.

II

Si Jesucristo enseñó y predicó alguna vez que había infierno, ó si ha sido éste invención de curas y de frailes.

No sé, querido Adolfo, dónde podrás encontrar autoridades de mayor peso... Con todo, ya que así lo quieres voy á citarte otra irrefragable, que dudo te atrevas á rehusar.

—¿Qué autoridad es ésa? Porque yo, tratándose de que le tuesten á uno, las rechazo todas, todas, todas.

—La de aquel mismo que con su palabra divina creó aquella cárcel tenebrosa, y al imperio de su voz encendió las llamas eternas para castigo de los réprobos.

—¡Eso es mucho afirmar!

—Es la pura verdad, y lo vas á ver claro como la luz del sol.

—Veámoslo, pues.

—De los librepensadores, por lo menos aquí en España, muchos quieren pasar plaza de cristianos, y aun de buenos católicos...

—Yo soy uno de ellos, y me tengo por tan buen cristiano como el mejor. Bien : ¿y qué?

—Que Jesucristo, cuya divinidad supongo que admites, y si no yo te la probaré en otra conversación, nos asegura en muchos lugares del Evangelio que hay infierno, y me parece que él debe saberlo mejor que los *libre pensadores*, que niegan el infierno; porque claro es que no os conviene que lo haya.

—Te agradeceré me declares dónde y con qué ocasión asegura Jesucristo eso del infierno como lo entienden los curas. Fíjate bien.

—Escucha, amigo mío, y piénsalo bien, porque te importa. Refiérenos el sagrado Evangelio que, cuando el divino Maestro iba recorriendo los pueblos de la Judea y predicando en todas partes su doctrina de salvación y de vida, contó en una de sus conferencias esta instructiva historia.

«Vivían á un mismo tiempo, y en el mismo lugar, un hombre muy acaudalado y otro muy pobre, llamado Lázaro; y en tanto que aquél vestía púrpura y lino finísimo, y comía regaladamente, celebrando espléndidos banquetes, éste, harapiento y desarrapado, y cubierto de llagas, yacía á la puerta del epulón; y deseando saciarse con las migas que caían de la mesa del rico, no hallaba quien se las diera, ni encontraba allí otro alivio más que el que viniesen los perros y le lamiesen las llagas.

»Sucedió en esto que murieron entrambos; y al paso que Lázaro fué llevado por los ángeles á gozar dicha sin fin en el seno de Abraham, el ricachón fué sepultado en los ábismos del infierno. El infeliz, sumido en aquel mar de tormentos, cuando, levantando los ojos, vió á lo lejos á Abraham y á Lázaro rebosando satisfacción, exclamó diciendo :

—»¡Padre Abraham, compadécete de mí! Envíame á Lázaro, que venga á refrescar mi lengua con una gotita de agua, porque me abraso en estas llamas.

»Respondióle Abraham :

—»Hijo, acuérdate que durante tu vida

recibiste bienes en abundancia, y que no tuviste compasión de los pobrecitos, y Lázaro sufrió con dulce paciencia y resignación los males que le cercaban; justo es que él reciba premio por su conformidad, y tú el debido tormento por tu falta de misericordia. Fuera de que media entre nosotros y vosotros un abismo insondable, de suerte que del todo es imposible vadearlo.

»Ruégote, pues, ¡oh padre!, — replicó el rico, — que lo envíes á mi casa, donde tengo cinco hermanos, á fin de que los amoneste que no sigan mi mal ejemplo, no sea que tengan ellos también la desgracia de venir á caer en este lugar de tormentos.

»Contestóle Abraham:

—»Tienen á Moisés y á los Profetas; que practiquen sus enseñanzas.

—»No basta eso, padre Abraham, — dijo el condenado; — pero si alguno de los muertos fuese á ellos, entonces harán penitencia.

»Repuso Abraham:

—»Si no escuchan á Moisés ni á los Profetas, que creen inspirados por Dios, aun cuando uno de los muertos resucitase y fuese á predicarles, tampoco le darían cré-

dito, sino que lo atribuirían á magia y hechicería, como lo hacen con otros milagros.»

—Pero, hombre, tengo entendido que lo que acabas de contar no es historia, sino apólogo ó fábula; y vamos, que todo eso debe ser algún cuentecillo para meter miedo á la gentecilla crédula...

—Habla con más respeto de la palabra de Dios, y no por sacudirte la mosca echés á broma lo que es muy serio. ¿Crees tú que Nuestro Señor Jesucristo se ponía á contar cuentos para entretener á los ociosos? No, y mil veces no. El, la Verdad increada, no podía engañarse ni enganarnos. Usaba, sí, parábolas ó semejanzas para explicar las eternas verdades al pueblo; pero es una horrible blasfemia suponer que todas ellas no encerraban verdades infalibles. Así, la parábola del rico epulón, sea fábula, sea historia, incluye la misma enseñanza y demuestra claramente que Jesús predicaba las penas del infierno, y que no hay *tu tu*. ó decir que Jesucristo no era Dios, ó apechugar con ese dogma, que es el que crispá los nervios de todos los que no andan derechos; por eso darían una oreja por destruirlo con sus so-

fismas ó sus necedades. Y si eso te parece poco, allá van más testimonios, ya que esta materia tiene miga y hay que clavetearla bien...

—Escucharélos con interés.

—Pues oye los siguientes copiados de sus libros canónicos, y falla con imparcialidad. En el libro de los Números se narra la rebelión de los hijos de Coré, Datán y Abirón contra Moisés, y las blasfemias en que prorrumpieron contra las disposiciones del Altísimo, y después añade que, en castigo de tales crímenes, *se hundió la tierra bajo sus pies, y abriendo su boca se los tragó... y cubiertos de tierra bajaron vivos al INFIERNO.*

Y en el libro de los Proverbios, capítulo V, se escribe: *«No te dejes llevar de las lisonjas de la mala mujer... pues sus deijos son amargos como ajenos y penetrantes como espada de dos filos: sus pies corren á la muerte, y sus pasos van á parar en el INFIERNO.»*

Ahí puedes saborear, entre otros muchos que te pudiera citar, estos dos lugares, para que te persuadas de que la creencia en el infierno era cosa común entre los hijos de Israel.

Y para que no alimentos en punto de tanta importancia la menor duda, medita este otro pasaje del libro de la Sabiduría:

«Entonces, dice, los justos se levantarán con gran valor en contra de aquellos que los angustiaron y robaron el fruto de sus fatigas; á su vista se apoderará de los malos la turbación y un temblor horrendo, y asombrarse han de la repentina glorificación de aquéllos, gloria en que ni esperaban ellos ni creían; y despechados, y arrojando gemidos de su angustiado pecho, dirán dentro de sí: Mirad, esos son los que en otro tiempo fueron el blanco de nuestros ludibrios y escarnios; esos, á quienes mirábamnos con desprecio y vilipendio... ¡Locos de nosotros! Parecíanos su tenor de vida una necedad, y su muerte una ignominia... ¡Todo pasó como sombra! Así discurren en el INFIERNO los pecadores.»

—Si la memoria no me es infiel, este mismo trozo nos recitó con gran energía el predicador de ayer noche. Cree que, á pesar mío, todavía siento el cosquilleo que me causaron las tales palabritas...

—Ahora, para no dejar casi sin mención el Nuevo Testamento, te recordaré que

se encuentran en él muchos textos en los cuales se nos asegura con toda sencillez y llaneza que después de la muerte irán los buenos á recibir el galardón de sus virtudes, y los malos al infierno en castigo de sus culpas. Y, al describir el evangelista San Mateo el día del juicio, expresa la sentencia que Jesús, juez de vivos y muertos, lanzará contra los réprobos, diciendo: «*Id, malditos, al fuego eterno, criado para castigo de Satanás y de sus secuaces.*» Advierte que en ese pasaje contrapone nuestro Señor la eternidad del cielo á la del infierno; luego una de dos: ó no hay gloria ó no hay infierno, y lo que dure lo uno durará el otro. ¿Quieres todavía autoridades de mayor peso?

—Hombre, basta, basta de autoridades, que me vas á recitar toda la Biblia, y veo que tienes razón, y que para negar que hay infierno es preciso empezar negando la palabra de Dios. Pero repito lo que te decía al principio. ¿Quién ha vuelto del otro mundo? ¿Más que todo eso no probaría la venida al mundo de un condenado? ¿Y quién ha venido jamás? El muerto al hoyo y el vivo al bollo....

III

Háblase de algunos que han vuelto del otro mundo.

No extraño tu lenguaje, Adolfo queridísimo, porque es común evasiva de los librepensadores, cuando no saben qué responder ó se ven acorralados por las razones del adversario, apelar á chirigotas ó meter á barato las cosas más serias. No cantes victoria ni aun en el terreno de los hechos, porque los hay, sí los hay, y muchos, que vienen á confirmar la palabra de Jesucristo. Oye uno que se refiere en la vida de Santa Liduwina. Floreció esta ilustre virgen padeciendo todo linaje de dolencias en el lecho del dolor por espacio de treinta y ocho años, pero sumamente favorecida del Altísimo con gracias extraordinarias, entre otras con el don de penetrar lo más recóndito de los corazones de cuantos la visitaban.

Fué un día á tratar con ella un mancebo, el cual ocultamente sostenía una amistad ilícita que le conducía tristemente á su ruina eterna. La Santa exhortóle á romper valerosamente las cadenas que le arrastraban á la perdición, y á emprender una vida cas-